



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 14 DE JUNIO DE 2026

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Estremecida noción

Una misa especial... y algo más
Olga de León G.

Hace mucho tiempo que no asistía a una misa completa, de una hora y minutos más. Fue una misa en honor de un hombre que entregó mucho a mucha gente. Daba sin medida y de corazón. Primero a su familia y luego a todo aquel que se acercaba a él en busca de un consejo o apoyo.

Mi esposo y él se apreciaron desde que se conocieron y creo que desde que cada uno supo acerca del otro. Carlos era mayor que José Antonio casi diez años. Carlos murió hace un año y cuatro meses. Durante su enfermedad, seguido me preguntaba por José Antonio Fariás; estaba preocupado por su salud, quería que le llamara a Amelia para que lo comunicara con él. Apenas si nos encontramos dos o tres veces en su casa, y en algún restaurante cerca de ella, con espacio al aire libre (para que Antonio pudiera fumar).

En una de las visitas de noche en la que cenamos en su casa, nos acompañó Carlos Alejandro, quien entonces había venido a Monterrey desde la Ciudad de México, en donde vivía. Le mostró una canción, algo que había compuesto y de inmediato, Antonio Potro Fariás lo invitó a grabarla en su Estudio. Lo cual no se dio, porque Carlos Alejandro tuvo que regresar a México por un periodo largo.

Yo conocí a Amelia por mi hija, Lizeth, quien a la fecha es gran amiga de ella; el Ballet las hermanó.

Este viernes 12 de junio fue un día especial para mí. No habiendo podido estar a tiempo en las Capillas de Velación, optamos por ir a la Misa: un verdadero homenaje para José Antonio "Potro" Fariás. Todo el personal de la Iglesia, desde el sacerdote principal, hasta los auxiliares, acólitos y demás conocieron al homenajeado. No sé cómo describir la misa... tuvo un coro con niños y jóvenes que lo amaban, la gente que más lo quiso; y la entrada desde el recorrido de su esposa e hija encabezando al cortejo fue hermoso: fue una ceremonia llena de luz, alegre, sonora y brillante. La hermana menor de Amelia, Dolores (Lois), leyó al final unas sentidas palabras, su discurso fue muy aplaudido. A Lolis la conocí en el Tec, y después de que yo me retiré, continuamos siendo amigas, aunque solo nos veíamos de vez en cuando: tenemos muchas coincidencias.

La misa inició a las 3:05 y concluyó a las 4:10. La familia permaneció dentro de la iglesia recibiendo abrazos y condolencias. Todo terminó para los que asisti-



mos a esa misa muy especial, cerca de las 4:30 p.m. Para la familia empieza una nueva etapa, con José Antonio en su corazón y en su pensamiento por siempre. Descanse en Paz José Antonio Fariás, "Potro" Fariás.

Un poco de Prosa que aspira a ser poética...
De esa que nos toca el alma e ilumina al espíritu. Poesía para el corazón nostálgico de amor y de fe. Cuánta falta hace tener fe en la vida, en la familia, en los hijos, en los amigos y en todo el mundo que se mueve por amor.
He vivido la mayor parte del tiempo que me tocará vivir en este mundo, y sigo pensando que el tiempo no existe ni me detendrá jamás. Qué enorme y tremenda mentira acabo de escribir: "...el tiempo no existe ni me detendrá jamás." Y, lo peor de todo es que me lo creo: Vanidad de

vanidades, creer que nunca se termina, lo cual sucede porque humano soy; y, ¡no lo puedo negar!

De lo más profundo del ser viene la visión insondable y única de la verdad que al Universo sostiene: Soledad que no es compañía Es auténtica soledad. Si el pensamiento fuera eterno, la palabra lo único que lo define. Todo estaría dicho y nada se quedaría en el viento. Por eso te pido, Vida, y te ruego que sin mentir ni fingimientos respondas con la verdad: Dime, si no me quieres. Dime, si tu amor solo es mío. Dime, si soy la que no existe, la que se volvió invisible. Que, tú eres el cauce de un río

en cuyas aguas vive mi destino, mi tiempo y mi libertad. Que, siendo esclava, por tu ruta iré. ¿A dónde van mis pensamientos? ¿A dónde, los sueños? El viento escucha y nada dice calla y sigue al silencio. Fueron los días, o las noches, o las tardías madrugadas, no lo sé, ni lo sabré jamás. Sola y sin rumbo deambulo por las calles del mundo. Déjame, pues, que te cuente mi cuento El mismo de cada domingo... El que sale de mi tintero Y nadie más lo ha escrito ni escuchado. La vida no se vende, ni alquila, pero, aun si no la quieres tendrás que vivir con su carga... o, su gloria bendita. Esta es la ley que me rige y domina.

Carlos A. Ponzio de León

Alcatraz de la noche

Berenice me marcó al celular a las seis de la tarde. Yo estaba en mi departamento: derrumbado en el sillón, física y emocionalmente derrotado: no por ella, sino por lo que había vivido esa tarde.

No sé si aún me encontraba ebrio, pero al menos no me había recuperado de la borrachera iniciada al mediodía en El Colegio de México durante la reunión anual de egresados. Acudí a la tal institución teniendo en mente que debía moverme a Ciudad Universitaria a las 4:30 para llegar a tiempo al concierto que le organizarían sus alumnos, por sus 70 años, al compositor Mario Lavista. Una persona importante para mí en mi vida como compositor. No me di cuenta de la hora. Tomé consciencia hasta la cinco y para cuando llegué, el lugar estaba abarrotado. No me permitieron ingresar a la Sala Carlos Chávez. Terminé golpeando a uno de los guardias.

Aunque no se levantaron cargos, comprendí lo sucedido rápidamente: fui y me senté al pasto para tranquilizarme.

Más tarde, en mi departamento, tirado en el sillón, solo esperaba que se acabara el día. Pero Berenice marcó. Era su cumpleaños y la estaban festejando sus alumnas, en el departamento de una de ellas. Quería que la acompañara. Le expliqué lo que acababa de vivir y no hizo caso: insistió: una y otra vez. "Te vamos a recoger a la estación del metro de C.U. ¿Cuánto tardas en llegar?". No di crédito a lo que estaba sucediendo, ella no escuchaba.

Debo aclarar que Berenice y yo estábamos viviendo un romance ese verano. Además, ella era concertino en la Orquesta de la Ciudad. Se había ofrecido a interpretar una pieza mía en el Manuel Enríquez si mi obra era seleccionada. Así es que me metí al baño, me lavé el rostro y salí a tomar el metro. Una hora más tarde subí a un auto

compacto. Un chico conducía. Berenice iba como copiloto y alguna de sus alumnas iba en el asiento de atrás: a su lado me senté.

Sucedió lo impensable: inmediatamente me contagié de la alegría juvenil.

Le pedí al conductor que nos detuviéramos en algún tendajo: quería comprar una botella de whiskey. Así hicimos.

Yo no sabía de Katia, hasta esa noche. Era alumna de Berenice y la inquilina del departamento donde nos encontrábamos. Una chica atractiva de veinte o veintidós años, estudiante del Conservatorio Nacional. (Yo estaba a punto de cumplir cuarenta).

No sé exactamente qué fue lo que me atrajo de Katia. ¿Sería que esa noche reconocí, frente a sus amigas y su maestra, que era lesbiana y tenía pareja? También me atraía físicamente.

Infatuado, caí. Y El Señor obró milagros: me convertí en un jovencito cargado de energía, alegría y chistes que tenían al grupo botado de la risa.

Pasaron las horas y la gente comenzó a despedirse. Me levanté de mi asiento y yo también comencé a despedirme. Noté que Berenice me evadía. Al salir por la cochera, iba delante de mí. En la puerta a la calle, la alcancé y le dije: "¿Te vas a ir sin mí?". Giró para verme con cara de rabia herida...

Luego de unos segundos logré calmarse. Miró al piso y resignada, elevó su mirada para decirme, viendo directamente a mis ojos: "Te vi besando a mi alumna en la cocina; quédate, trátala bien". Me quedé sin poder hilar una palabra. Volteé a mirar a Katia, aún en la puerta de la casa: sonreía de lado. Le respondí lentamente a Berenice: "Ok. Está bien". Con su dedo índice golpeó ligeramente mi barbilla y me dijo: "Mañana que regreses a tu departamento, márcame



para que veamos lo de tu pieza". Salió por la puerta de la cochera. Katia me llevó a su cama inmediatamente. "Nunca he estado con un hombre", me advirtió. "Lo tomaré en cuenta", le respondí, mientras mis manos comenzaban a desnudarla y mis besos tendían el primer puente entre edades. Pronto, las sábanas fueron un remolino flotante entre girasoles, los minutos crecieron como horas hasta que los gemidos se desenredaron en años luz... Por la mañana, una caricia me despertó. La luz del sol comenzaba a entrar por la ventana, (rojo traslúcido tras mis párpados), mientras la boca de Katia engullía el deseo entre mis piernas, devorando los frutos hasta sus raíces...

En el camino de regreso a mi departamento, le envié un mensaje a Berenice para avisarle. Me marcó inmediatamente. "¿La hiciste sentir bien?", me preguntó. "No sé", le respondí. Quedamos de vernos por la tarde para fotocopiar documentos e imprimir partituras. Acabamos en su departamento, besándonos con fuego, como dos amantes que se incendian. El rocío de la luna entraba por la ventana mientras las sábanas brillaban despiadas, bailando la danza del amor.



Albert Camus
(Mondovi, Argelia, 1913 - Villeblier, Francia, 1960)

Novelista, dramaturgo y ensayista francés. Nacido en el seno de una modesta familia de emigrantes franceses, su infancia y gran parte de su juventud transcurrieron en Argelia. Inteligente y disciplinado, empezó estudios de filosofía en la Universidad de Argel, que no pudo concluir debido a que enfermó de tuberculosis.

Formó entonces una compañía de teatro de aficionados que representaba obras clásicas ante un auditorio integrado por trabajadores. Luego ejerció como periodista durante un corto periodo de tiempo en un diario de la capital argelina, mientras viajaba intensamente por Europa. En 1939 publicó Bodas, conjunto de artículos que incluyen numerosas reflexiones inspiradas en sus lecturas y viajes. En 1940 marchó a París, donde pronto encontró trabajo como redactor en Paris-Soir.

Albert Camus empezó a ser conocido en 1942, cuando se publicaron su novela corta El extranjero, ambientada en Argelia, y el ensayo El mito de Sisifo, obras que se complementan y que reflejan la influencia que sobre él tuvo el existencialismo. Tal influjo se materializa en una visión del destino humano como absurdo, y su mejor exponente quizá sea el «extranjero» de su novela, incapaz de participar en las pasiones de los hombres y que vive incluso su propia desgracia desde una indiferencia absoluta, la misma, según Camus, que marca la naturaleza y el mundo.

Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial se implicó en los acontecimientos del momento: militó en la Resistencia y fue uno de los fundadores del periódico clandestino Combat, y de 1945 a 1947, su director y editorialista. Sus primeras obras de teatro, El malentendido y Calígula, prolongan esta línea de pensamiento que tanto debe al existencialismo, mientras los problemas que había planteado la guerra le inspiraron Cartas a un amigo alemán.

Su novela La peste (1947) supone un cierto cambio en su pensamiento: la idea de la solidaridad y la capacidad de resistencia humana frente a la tragedia de vivir se impone a la noción del absurdo. La peste es a la vez una obra realista y alegórica, una reconstrucción mítica de los sentimientos del hombre europeo de la posguerra, de sus terrores más agobiantes. El autor precisó su nueva perspectiva en otros escritos, como el ensayo El hombre en rebeldía (1951) y en relatos breves como La caída y El exilio y el reino, obras en que orientó su moral de la rebeldía hacia un ideal que salvara los más altos valores morales y espirituales, cuya necesidad le parece tanto más evidente cuanto mayor es su convicción del absurdo del mundo.

Si la concepción del mundo lo emparenta con el existencialismo de Jean-Paul Sartre y su definición del hombre como «pasión inútil», las relaciones entre ambos estuvieron marcadas por una agria polémica. Mientras Sartre lo acusaba de independencia de criterio, de esterilidad y de ineficacia, Camus tachaba de inmoral la vinculación política de aquél con el comunismo.

Galarardonado en 1957 con el Premio Nobel de Literatura, falleció en un accidente de automóvil.

ad pédem literae

Algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio.

Albert Camus

Letras de
buen humor

El buen humor es un deber que tenemos para con el prójimo.

Wallace Stevens